

Cultura a la contra

Los críticos

Tanto en el campo de la literatura, como en el del rock, los críticos se comportan igual: como seres amargados y tristes, en exceso confiados en sus capacidades creativas, o más bien en las que tendrían de no haber quedado truncada su carrera por algún fenómeno imprevisible o tal vez sobrenatural. Desde esa postura altiva, juzgan el trabajo de los demás sin piedad, sin concesiones; rechazan todo aquello que no es perfecto, y —claro está— se limitan a hacer alabanzas de lo ideal inexistente. No hay un libro, ni una película, ni un disco ni un cantante que para ellos sea perfecto. Y en eso tienen razón, qué duda cabe: la perfección no es de este mundo, y los valores que les damos a las cosas son puramente subjetivos: dependen de nuestro carácter, de nuestro estado de ánimo e incluso del color del día. Pero es que ellos exageran en su búsqueda de efectos; y, como es normal en estos casos, se aburren muchísimo.

Por muchas razones, asistir hoy día a un concierto de rock es algo deprimente. Y no tiene nada que ver con la música, desde luego, que a veces esté bien. Para empezar, si se trata de un concierto multitudinario, hay que sufrir la humillación de la Policía, que puede incluso llegar a ser una humillación física, sentida en la propia carne, cuando las porras nerviosas de los chicos de marrón deciden abatirse sobre uno; luego, los empujones de la masa rockera, el calor insostenible de recintos sobrecargados de gente, la falta de aire, de espacio y de comodidades: los organizadores de tales conciertos parecen limitarse a traer el grupo o solista a quien se va a ver, y a cobrar enormes cantidades de pelotas a los que allí vamos, y se desentienden de todo lo demás. Pero, si te ha gustado el concierto, te queda un suplicio más: escuchar los comentarios de los entendidos, disecando la labor de quien ha actuado en el escenario, hay que sufrir la humillación de la policía, que puede incluso llegar a un par de horas soportando el calor de unos focos, cantando, bailando y contorsionándose debe de ser un esfuerzo que yo considero, por lo menos, superior a mis fuerzas. Pero los entendidos no aprecian eso, no es su papel. Han de distanciarse de la masa, de todos aquellos que se han divertido de buena fe y que, según ellos, no han entendido absolutamente nada: no han visto tal mínimo fallo en el bajo en la segunda canción, ni han advertido cómo una segunda voz estaba mal modulada. Son unos chavales tontos, que se han limitado a gozar de la marcha que buscaban, sin plantearse complicaciones técnicas.

Por suerte para mí, yo no soy crítico más que de oficio: así que me limito a divertirme y a gozar todo lo que puedo. Seleccione antes lo que voy a ver, por supuesto, para que me ofrezca unas mínimas garantías de calidad. Y luego, me niego a juzgar con demasiada severidad algo que yo no sé hacer. Y, desde luego, tengo siempre muy presente que el rock no es sólo música, sino espectáculo y diversión, comunión con los que están a nuestro lado, juego. ■ EDUARDO HARO IBARS.

formas de violencia y de abuso de poder, que no sólo suponen, como tales, un mal político, sino, a la vez, el origen del fracaso profundo de tales personajes en su relación sentimental. Si el argentino Pavlovski, en su excelente "El señor Galíndez", denunciaba la realidad política que divide el tiempo del hombre, como si él mismo estuviera dividido, en tiempo de violencia y tiempo para el cultivo de los buenos sentimientos familiares, Buero muestra que tal división es imposible y que todo verdugo acaba siendo su propia víctima. La

crueldad, instalada en el corazón de los mecanismos psicológicos, degrada y castra —por lo que tiene de opuesta al amor— a quien la ejerce, por más que, en el orden económico, pueda parecer un vencedor.

Es interesante reflexionar sobre este núcleo ideológico de Buero en la medida que nos ayuda a entender los propósitos y los riesgos de su último teatro. Por lo pronto, su carácter moral, su constante supeditación —en las situaciones, los comportamientos y las palabras— a esta finalidad, sin que asome ninguna rebeldía

profunda de los personajes contra el discurso del dramaturgo. De ahí cierta solemnidad de lenguaje, cierta sujeción de la vida por el "ejemplo". Una sujeción que si tiene a su favor el loable propósito de recomponer la "unidad" del personaje, la relación entre su vida pública y privada —¿cómo no pensar en algunos dramas unamunianos, de los que Buero considera a los suyos una descendencia legítima?—, tiene en su contra la simplificación de esta última, de acuerdo con las exigencias del esquema político y moral propuesto.

Por lo demás, la obra acusa dos valores que en el teatro de Buero, mejor o peor traducidos a sus dramas, han sido casi constantes. Uno, la voluntad de insertarse en el presente histórico, de abordar temas que preocupan a los sectores progresistas españoles. Si antaño tuvo que hacerlo muchas veces a través de enmascaradas metáforas, ahora puede entrar directamente en la cuestión. Se trata del terrorismo, que Buero condena, por contrarrevolucionario, sin ambages, y acerca del cual, dada su incidencia regresiva en el proceso político español, plantea la posibilidad de que sea, las más de las veces, impulsado por la extrema derecha, aun contando con la colaboración ejecutora de la extrema izquierda. El otro valor, de orden formal —que en teatro es siempre indisoluble de la entidad misma de la obra—, consistiría en esa relación entre los hechos y su reinterpretación por los perso-

najes, entre la historia que ve todo el mundo y la que ordena la subjetividad, entre la cronología de calendario y la cronología desordenada por la emoción personal, todo ello como un modo de "ensanchar" el realismo, de vulnerar los límites de cualquier reducción fotográfica. El choque entre la imaginación poética de Buero en este orden y el "control moral" que ejerce sobre sus personajes no deja de ser una característica de "Jueces en la noche" —y de otras obras del autor— que merecería ser meditada.

La dirección de Alberto González Vergel subraya las líneas dominantes del drama. Es una dirección puntillista, algo enfática, que ha marcado cada gesto, cada entopación y que ha sujetado los tempos y rupturas de la acción con el rigor de un metrónomo. Los actores, por su parte, se ajustan a esa relojería, sirviendo los arquetipos trazados por director y dramaturgo.

Vi la segunda función. Quería encontrar a Buero fuera de los "estrenistas", ante sus fieles. Y he de decir que el Lara estaba lleno de un público maduro, que al final aplaudió puesto en pie e hizo salir a escena al autor. Hay historias que ni se escriben ni se rompen en un día, y pienso que aquel aplauso empezó hace muchos años, cuando Antonio Buero inició su crónica, trabajosa y ejemplar, de la España franquista. Una crónica a la que, sin duda, pertenece todavía este "misterio profano"... ■ JOSE MONLEON.

"Jueces en la noche", de Buero Vallejo.

